

Sr. Jacinto Gimbernard
Director Ejecutivo Fundación Corripio, Inc.

Palabras por la Fundación Corripio, Inc.

Como Director de la Fundación Corripio me corresponde, nuevamente, el honor de dar inicio al solemne acto de entrega del Premio Nacional de Literatura, que realizarán el Señor Secretario de Estado de Cultura José Rafael Lantigua y el Presidente de la Fundación Corripio, José Luis Corripio Estrada. El galardonado de este año, Diógenes Valdez, elegido a unanimidad por los honorables rectores de prestigiosas y respetadas Universidades Nacionales, constituye un singular ejemplo de sensibilidad, talento y laboriosidad, a lo cual se añade la peregrina e inusual virtud de la humildad, que lo mantiene lejos de los círculos luminosos de los reflectores sociales y de la enervante búsqueda de reconocimiento y notoriedad mediante la imposición de una presencia física.

Su presencia está en una producción literaria sobresaliente, intensa y extensa que, además de una vertiente periodística importante, presenta una rica narrativa, ya impresa en libros que van desde El Silencio del Caracol (1978) hasta el recientemente publicado Sexteto de Fort Liberté, seis novelas realizadas sobre el célebre poema Yelidá de Tomás Hernández Franco.

La vivacidad, fuerza y encanto de estos seis libros recuerdan la riqueza expansiva de las enredaderas tropicales, por la imaginación que les da forma con esa naturalidad de crecimiento que presentan las plantas de nuestro trópico, en un proceso imperceptible e indetenible de expansión.

Nada de los misterios que nos rodean, y a menudo nos angustian, escapa a la sensibilidad de Valdez: ni la vida, ni la muerte, ni lo que sucede entre los dos supremos misterios.

Leyendo El Silencio del Caracol uno encuentra la casi obsesiva presencia de la muerte. Los personajes de los cuentos El Enigma, Otra Vez Schumann, Cita con Ariadne como otros, nos presentan la muerte clara, aplastante. Otras veces, como en Paradoja Numero Uno, la muerte se presenta diferente, es cesación, detención, cambio de plano, ingreso a otro nivel del cual tampoco sabemos nada.

Cicerón escribía que toda vida filosófica es una *comementatio mortis* y veinte siglos después el filósofo hispano-norteamericano George Santayana, un madrileño absorbido por los Estados Unidos, fallecido en 1952, escribió que "una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar acerca de la muerte".

Entiendo que Valdez no sólo se pregunta acerca de esta tiniebla final, sino que su vasta producción se interna en el hoy, en el aquí y ahora, que tanto ha aconsejado la sabiduría antigua y que, por desgracia, no cala suficientemente en la humanidad, negada a ver adecuadamente el presente, aún sabiendo que es la base, el fundamento del futuro.

El hoy es una consecuencia de ayer y el mañana es una consecuencia de los hoy, del presente, que a lo mejor manejamos en la ignorancia de cuanto han influido el pasado y los pasados en nuestras actitudes y acciones de cada día.

Valdez juega con lo real y lo irreal.

Pero cabe preguntarse ¿Qué es la realidad?

No parece posible enterarse, aunque, como ha dicho nuestro galardonado (cito): la realidad es mas rica, poderosa y sorprendente que la fantasía (fin de cita). Sucede que es un atisbo de posibilidades reales lo que nos acecha desde los más profundos laberintos del cerebro, todavía enigmático y sorprendente.

Para poder adentrarse como vivos curiosos en la lúcida literatura de Diógenes Valdez, hay, necesariamente, que internarse en el conflicto del término psicología, que literalmente designa la ciencia del alma.

Valdez nos pone frente a los criterios del alma. Reciba nuestra calurosa felicitación por tan loable empeño del cual, esperamos, nunca pueda zafarse.